Teatro Italiano

II.—4

El Hipócrita

INVECTIVAS

¡Caiga el príncipe poco liberal en la miseria de los que han de servirle! ¡Ojalá que la insolencia de los cínicos pueda ser humillada hasta tener que cuidar los perros viejos y las mulas! ¡Quisiera coronar con tripas al necio que, teniendo por presa a un gran señor, no ayuda al que lo merece! ¡Quisiera estar a caballo de los pedantes para con larga fusta enseñarles cómo se hacen las obras y no cómo se las desacredita, y que los desgraciados

que para crearse un nombre me plagian, tengan tanto genio que el público, al dignarse leerlos, por ellos comprenda mi mérito! ¡Quisiera beber sangre de mezquinos y tontos! ¡Que el que ame más un escudo que a un hombre, sea lapidado por el pueblo! ¡Quisiera ver un gigante que rompiera los huesos a los lechuzos que, para poder dar fe de vida, optan por España o Francia! ¡Que el que da a los bufones en vez de dar a los grandes artistas, tenga que llegar mendigando hasta la horca a que hayan de colgarle! ¿Cuándo la corte dejará de ser mala, o por lo menos de perseguir al que le dice sus tristes verdades? ¡Ah, si pudiera convertirme en carnicería, para vender al peso a los amigos asesinos!

¡Ojalá los bienes y la vida de los avaros fuesen tragados por dos mil Satanás, y la vileza de los aduladores ser hundida en la plenitud de todas las letrinas conventuales! ¡Quisiera desenmascarar a los cínicos, de la misma manera que los cerdos se rascan! ¡Quisiera ser el cadalso de los guapos de oficio! ¡Quisiera vapulear a los mentirosos como se apalea las alfombras! ¡Quisiera ver en galeras a los que van a las mesas donde no han sido invitados! ¡Señores que prometéis lo que no habéis de dar, que paséis toda vuestra vida en espera de dos días de salud! ¡Y vosotros, graciosos, que de nada entendéis y en todo os metéis, que paséis vuestra vida recibiendo *asperges* (1) de orina podrida! ¡Y a los que os creéis vasos de selección, os deseo que paséis la vida con la nariz en el hedor de vuestros excrementos! ¡Que una constante inflamación de los pulmones haga caer los bigotes de los *media-cabeza* (2), monos tan viles como fanfarrones! ¡Quisiera hacer buñuelos y pastelones de los que fomentan los escándalos y les gusta exhibirse!

PEDRO ARETINO

(1) Fórmula de la aspersión que el sacerdote recita.

(2) Hurluberlus.

La Gaja

LAS COQUETAS

Nunca logran acabar, tienen trescientas horquillas que ponerse en la cabeza, y cada una se la han de poner de trescientas maneras diferentes. Cada uno de sus cabellos se lo ponen de cien maneras diferentes, y aun a veces no les basta esto. Luego vienen los afeites y pinturas; ¡y para esto sí que eres necesaria, oh paciencia! Primero el blanco, luego el rojo, que se ponen, quitan, arreglan y vuelven a quitar... para empezar de

nuevo... ¡Y las miles de veces que hay que mirarse al espejo! ¡Uf! ¡y qué trabajo para arreglarse las cejas, y qué industria para enderezarse el talle! ¿Y lo que hacen a sus uñas... con el cortaplumas, las tijeras, los jabones líquidos y los limones? Una hora para lavarlas y otra para perfumarlas, y para darles fricción a fin de que se ablanden. ¡No podría contar las cajas, ampollas, potes y objetos de tocador que ponen en juego!... Pero ¿y qué decir de nuestros señoritos, que debieran hacerse conocer y honrar por sus talentos?

Pasan el tiempo que debieran emplear en estudios, en pintarse de blanco y de rojo. Imitan a las mujeres en todo, y tienen espejos, peines, pinzas, depilatorios, estuches con instrumentos diversos, potes, ampollas, cajas, etc. Saben componer, pero no versos heroicos y elegantes, sino almizcle, ámbar y algalía. También se ponen mirriñaques para ensancharse las caderas, acolchonan su jubón para aparentar pecho y el cartón y el fieltro aumentan el ancho de sus espaldas. Y los que tienen piernas de grulla, se ponen falsos muslos y falsas pantorrillas.

LUDOVICO ARIOSTO

La Aminta

LA CAZADORA

SILVIA

Cuando con un suspiro de lástima yo diga esas palabras que imaginas y embelleces de tu grado, los ríos remontarán su curso, huirá el lobo ante el cordero y el galgo corredor ante la liebre, el oso amará la mar y el delfín los Alpes.

DAFNIS

Bien conozco esa infantil genialidad. Yo también fui como tú, y así

viví buena parte de mi vida. Como tú, tenía cabello rubio y boca bermeja, y mis mejillas estaban llenas, y eran delicadas, rosadas y blancas. Tender las redes y las flechas, aguzar los dardos en la piedra, seguir las huellas de los animales para hallar sus madrigueras, eran mis únicas ocupaciones, y a ellas me entregaba con una pasión cuya locura reconozco hoy. Si sentía clavarse en mí las indiscretas miradas de un enamorado, bajaba la vista quedándome, rústica y salvaje, llena de vergüenza y desdén. Mi gracia natural me era importuna, y todo lo que en mí agradaba a mí me era molesto, como si fuese culpa mía y en ello fuese pecado y motivo de desprecio en ser mirada, deseada y amada. Pero ¿y qué no hace el tiempo? ¿Qué no pueden las atenciones, las súplicas y el mérito de un amante fiel y asiduo? Fui vencida, he de confesarlo, y las armas de mi vencedor fueron su humildad, su obediencia, sus lágrimas, sus suspiros y sus súplicas. En la obscuridad de una sola noche vi y supe lo que la luz de mil días pasados no habían podido enseñarme. Posesionándome entonces de mí misma y volviendo de mi ciega simpleza, exclamé suspirando: "¡Oh, Cintia! Aquí quedan tu cuerno de caza y tu arco; ya renuncio a tus ejercicios y tu vida."

Déjame, pues, esperar que un día tu Aminta suavizará tu salvaje rudeza y podrá enternecer tu corazón de hierro y piedra. ¿No es hermoso? ¿No te ama? ¿No le aman otras sin ser tú? ¿Te deja porque otras le llaman o le rechaces tú? ¿Es su nacimiento inferior al tuyo? Si tú desciendes de Cidippo, cuyo padre es el dios de nuestro río, él desciende de Silvano, hijo de Pan, dios de los pastores. La blanca Amarilis no es menos bella que tú (si por azar te miras en el espejo de alguna fuente). Pues bien, Aminta desdeña sus halagos y coqueterías, y no quiere sino tus rechazos y crueldades. Trata, pues (¡y plegue a los dioses que la tentativa no sea vana!) de que, cansado de ti, no ame a quien tanto él agrada. ¿Qué piensas de ésto? ¿Con qué ojos verás que te deje por otra, y feliz en sus brazos se burle de ti?

TORCUATO TASSO

Adelchi

ADELCHI

¡Oh, padre, deja
los lamentos, por Dios! ¿No era esta la hora
de morir? Pero tú, que encarcelado
vas a vivir, después de haber vivido
en regio alcázar, oyéme: la vida
es hondo arcano: lo comprende sólo
la hora postrera. Te han quitado un reino:
no lo deplores, creeme. A esta hora,
cuando te acerques tú, verás alegres
cruzar por tu memoria aquellos años
en que no has sido rey, en que una lágrima

no hay anotada contra ti, en que el triste
no habrá mezclado a su dolor tu nombre.
Alégrate de no ser rey; alégrate
de no poder mandar; no hay en el trono
tiempo para hacer bien: sólo es posible
hacer mal o sufrirlo. Rige el mundo
una fuerza feroz, que da en llamarse
derecho: con la mano ensangrentada,
los abuelos sembraron la injusticia;
los padres cultiváronla con sangre;
no da el mundo otra mies. Mandar inicuos
no es placer, bien lo sabes, y aunque fuera,
¿no termina en la tumba? Ese dichoso
cuyo trono mi muerte consolida,
ese a quien todo sirve y lisonjea,
es hombre y morirá!

DESIDERIO

Pero te pierdo;
¿quién de esto me consuela?

ADELCHI

El cielo, padre,
que consuela de todo.

ALEJANDRO MANZONI

La Gioconda

SILVIA

Dime mejor lo que has hecho de tu vida; dime lo que haces todos los días. ¿Es verdad que tú hablas con las sirenas del mar? Dime, cuenta, Sirenetta.

LA SIRENETTA

Eramos siete hermanas.
Nos mirábamos a las fontanas:
todas éramos bellas.
—Flor de junco no hace pan,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mora de mancha no hace vino,
hilo de hierba no hace paño fino—
la madre dijo a las hermanas.
Nos mirábamos a las fontanas:
todas éramos bellas.
La primera para hilar
quería un huso de oro;
la segunda para tejer
quería telares de oro;
la tercera para coser
quería agujas de oro;
la cuarta para embriagarse
quería copas de oro;
la quinta para dormir
quería sábanas de oro;
la sexta para soñar
quería sueños de oro;
la última para cantar,
para cantar solamente...
y no quería nada...

(*Se ríe con una breve risa nítida que parece tintinear sobre los dientes espléndidos.*)

¿Te gusta esta historia?

SILVIA

(*Presa de la gracia de aquella sencillez.*)

¿Se ha acabado ya? ¿Por qué no sigues?

LA SIRENETTA

Si tú te sientas aquí yo te adormeceré, como adormecía a tu hija sobre la arena. ¿No tienes sueño a esta hora? Es bueno el sueño de septiembre.

Septiembre desde la altura,
trae al llano la frescura
y al estío la sepultura.
Amén.

SILVIA

No. Sigue tu historia.

LA SIRENETTA

La oliva se torna oscura,
la aceituna se madura:
óleo y llanto en la llanura.
Amén.

SILVIA

Sigue tu historia, Sirenetta.

LA SIRENETTA

¿Dónde quedamos?

SILVIA

"Y no quería nada."

LA SIRENETTA

(*Después de una pausa.*)

Ah, sí.

—Flor de junco no hace pan,
mora de mancha no hace vino,
hilo de hierba no hace paño fino—
la madre dijo a las hermanas.
Nos mirábamos a las fontanas:
todas éramos bellas.
Y la primera hiló
torciendo su huso y su corazón,
y la segunda tejió
una tela de dolor,
y la tercera cosió

una camisa atosigada,
y la cuarta se embriagó
con un vino envenenado,
y la quinta se durmió
en el lecho de la muerte.
Llora la madre doliente,
llora su mala suerte.
Mas la última que cantó,
por cantar, por cantar,
por cantar solamente,
tuvo bella la suerte.
Las sirenas de los mares
la tomaron por hermana.

(*Pausa.*)

GABRIEL D'ANNUNZIO

Teatro Inglés

Hamlet

HAMLET

¡Ay, pobre Yorick! . . . Yo le conocí. Era un hombre sumamente gracioso, de la más fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo un niño me llevó mil veces sobre sus hombros. . . y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número . . . ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la

mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad . . . Vé al tocador de alguna de nuestras damas, y dila, para excitar su risa, que por más que ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de experimentar esta misma transformación. (*Tira la calavera al montón de tierra inmediato a la sepultura.*) Dime. . . ¡En qué abatimiento hemos de parar! ¿por qué no podría la imaginación seguir las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de un barril?

. . . . . .

No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Alejandro se redujo a polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro . . . ¿Y por qué este barro en que él ya está convertido no habría de servir para tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire . . . ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizada al orbe, servirá tal

vez para reparar las hendiduras de un tabique contra la intemperie del invierno . . . Pero callemos. . .

W. SHAKESPEARE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hamlet

Ser o no ser; planteemos el problema:
¿Qué es más digno de un ánimo esforzado;
los golpes soportar, el anatema
de la contraria suerte, resignado,
u oponer nuestro pecho a la violencia
de un mar de dudas, y esperarlo armado
y vencerlas con firme resistencia?
Morir... dormir, no más; y con un sueño
terminar el dolor con el latido
de un corazón que su dolor hospeda:

término apetecido
de la miseria que mi cuerpo hereda.
Morir....dormir; ¿dormir?... ¡soñar acaso...!
Un escollo hay aquí que yace oculto,
surge de pronto y se me opone al paso.
Cuando extinga mi mano ese tumulto
mortal de las pasiones,
el sueño de la muerte sobreviene,
y el terror de las pálidas visiones
que perturban su calma, me detiene.
Aquí yace el secreto
que una larga desdicha, una existencia
a mirar nos obliga con respeto.
¿Quién—si no—sufriría con paciencia
los escarnios del tiempo, los ultrajes
del orgullo infundado, la insolencia
del rango, los salvajes
golpes de la injusticia de un tirano,
la ley que desampara al inocente,
las ansias del amor que ruega en vano,
la ineptitud que pudo
escarnecer al mérito paciente,
cuando la herida dignidad del alma
con un hierro desnudo
labrarse puede su absoluta calma?
¿Quién gemiría bajo el peso inerte
de existencia tan triste y prolongada?
Pero... el "después" obscuro de la muerte;
el término postrero,
la costa inexplorada
de donde nunca regresó el viajero,
plegan la voluntad del combatido
espíritu del hombre, resignado
a un mal ya conocido,
porque le aterra más el ignorado.
Nuestra conciencia así, por este alarde

de miedo impresionada,
de un hombre hace un cobarde:
y el tinte natural con que campea
una resolución, se descolora
a la pálida sombra de una idea...
Y las empresas arduas y valientes,
las que honran más al hombre,
desvían sus corrientes...
dejan de ser acción... ¡pierden su nombre!

W. SHAKESPEARE